

Camilo Branchi

Chilenos en California

I



ESTE artículo, sin duda, no dejará de suscitar polémicas en que prevalecerán, sobre el sereno juicio, esa punta de patriotismo que se asoma en todas las naciones cuando se disipa, frente a la realidad, una creencia popular. No quisiera, sin embargo, que mis lectores y los colegas pensaran que me empuja a escribir un propósito que no sea la verdad, y que el tema no es intencionalmente escogido sino por el hecho que viviendo yo en Santiago y en San Francisco al mismo tiempo, y siendo yo, además, un cultor de la historia americana, era y es de mi pertinencia. Puede ser, al contrario, que alguno de mis colegas no esté del todo desagradecido si la verdad brotará de una leyenda que, aunque demuestra la “virilidad de la raza” —como se expresa don Enrique Bunster—, no aparece, a la postre, tan gloriosa, moralmente hablando, para exaltarla como una épica empresa.

En literatura hay famas usurpadas y valores encubiertos creados por críticos que, en sus apurados o interesados juicios, exaltan o desvaloran un autor o una obra, los cuales, luego, sin ulterior revisión son aceptados ciegamente por la posteridad. Alguna vez lo torcido se endereza; es decir, los verdaderos valores se asoman de

la oscuridad como los otros, exagerados al exceso, se van paulatinamente esfumando.

II

El año pasado se publicó en Santiago un libro titulado *Chilenos en California*, de don Enrique Bunster, cuyo tema se desarrolla en solas 27 páginas de las 167 que componen el volumen. Sin embargo, en tan poco espacio hay tantas informaciones erradas que me veo obligado a levantar la antorcha de la verdad. Para dar, sin demora, la prueba cabal a los lectores de lo que afirmo, abro un paréntesis, y reproduzco de la página 85 del mencionado libro, uno sólo de los párrafos incriminados.

“Wáshington City” —escribe el autor— “una gloria para su fundador (José Manuel Ramírez), fué asentada a 8 millas al norte de Sacramento y en la misma margen izquierda del río, a 20 horas de navegación de San Francisco. La planta de la ciudad se hallaba dividida en manzanas de 12 sitios simétricos, con 17 varas de frente y 33 de fondo. Todos los nombres de sus calles evocaban lugares y personajes de la patria del fundador: Valparaíso, Constitución, Cochran, Waddington, Bulnes, Ossa, Matta, Blanco Encalada... Se edificó y pobló con rapidez y no tardó en llegar a ser una digna rival de Sacramento. Hoy cuenta con 100,000 habitantes”.

Ahora bien: ¿esta prodigiosa ciudad de 100,000 habitantes no existe en California, ni tampoco en los Estados limítrofes!

Pero procedamos despacio y analicemos detenidamente el histórico relato. El cual, como el título promete y el texto mantiene, parece, leyéndolo, que los chilenos eran el elemento preponderante en California durante el período, digamos, áureo (1849-1853). Nadie niega que los hijos de Chile eran bastante numerosos, pero su número no puede parangonarse al de los yanquis invasores ni al de los mexicanos que, hasta el 1847, eran los dueños de casa. Y si los chilenos eran los más numerosos de los sudamericanos hay ra-

zones sobradas que así fuera: en efecto Valparaíso era el puerto obligado de todos los buques que del Océano Pacífico doblaban el Cabo de Hornos, pues allí buscaban refugio después de las terribles tempestades australes para aprovisionarse y reparar sus averías. Además Chile, por su estructura geográfica, poseía la flota velera de mayor importancia entre las sudamericanas.

Cuando don Roberto Hernández de "La Unión" de Valparaíso, hace más de 20 años, me dijo que los chilenos en California pasaban de 60,000, me vino la idea de averiguar esta cifra pues me parecía exagerada tomando en cuenta la escasa población de Chile y la aún más escasa de la California de entonces. Vuelto a San Francisco me puse al trabajo en la biblioteca de mi universidad y leyendo obras históricas y hablando con colegas —entre los cuales el prestigioso historiador prof. H. E. Bolton— pude aclarar la equivocación en que habían caído algunos de los escritores chilenos.

III

Es preciso decir, ante todo, que en ese período de la invasión y conquista del Far-West americano y del descubrimiento del oro, existía una profunda enemistad, o más bien odio, entre yanquis y mexicanos no solamente por cuestiones raciales y políticas sino también por incomprensión recíproca pues ninguno de los dos bandos comprendía el idioma del otro (1). Así que mientras los mexicanos usaban el término de *gringo* (2) refiriéndose a los estadounidenses, estos apodaban de *chilenos* y despectivamente, de *grea-*

(1) El estudio de los idiomas no era difundido entre el pueblo. Muy raramente se encontraban personas, salvo los extranjeros, que conocieran una lengua diferente de la propia.

(2) El término "gringo" procede de las dos primeras sílabas de un verso de Robert Burns que los soldados yanquis cantaban durante la ocupación de la ciudad de México en 1847. Los mexicanos, mal pronunciándolo, lo adoptaron desde entonces para designar a los estadounidenses y después se extendió a los extranjeros nórdicos en general.

sers (grasientos) a los criollos californianos. Andando el tiempo, o sea, cuando la fiebre del oro trajo otros aventureros de Centro y Sudamérica, el sobrenombre quedó para denotar, en general, a las personas de piel bronceada y de habla castellana.

¿Por qué usaron el término de *chileno*? ¿Indicaba este una nacionalidad o una característica racial? Aquí está la clave. En efecto los yanquis llamaban *chileans* a los hijos de Chile, y *chilenos* a los españoles y a los criollos de la América Hispánica. ¿Y por qué llamaban a estos últimos, *chilenos*? He aquí la revelación. En México, el chile, vocablo de origen náuatl, es el fruto de una planta solanácea —*Capsicum Frutescens*— que produce el ají más picante que se conozca. El chile se usa en todos los guisos mexicanos. En el Estado de Tabasco el chile es el principal producto de exportación. En los Estados Unidos, también, es común leer en las vitrinas de los restaurantes populares la frase "*chile con carne*" para ofrecer un renombrado plato mexicano agradable al paladar de los mismos yanquis. Los californianos, o más bien, los criollos de California, cultivaban, vendían, comían y hasta olían a chile. Así, en ausencia de otro calificativo, puesto que un sobrenombre en inglés no era entendido por la gente del país, el término de *chilenos* fué usado por los invasores, sin advertir la coincidencia que tal apodo hubiera calzado perfectamente a otros hispanoamericanos que debían subir del Sur y que la gente culta llamaba *chileans*.

Escribe el historiador H. H. Bancroft en su *California Pastoral* que el sobrenombre de *greaser* fué primero usado por los criollos para designar a los yanquis traficantes de grasa y pieles, los cuales en cambio adoptaron el término *chilenos* para los vendederos de ají, sin intención, pero, de ofenderlos.

Más que en otros países los estadounidenses son propensos a calificar a los extranjeros con apodos por aquel sentido de xenofobia que no falta en ninguna nación, y tampoco en Chile, donde los términos de *gringo* o *bachichas* o *franchutes* son bien conocidos. Los yanquis tienen sobrenombres para todas nacionalidades justa-

mente debido a la invasión inmigratoria de sus prósperas tierras; inmigración favorecida por el gobierno de Wáshington pero no deseada por el pueblo. Claro está que por sí los términos son inocentes; ¡es el tono que hace la música! Así *gringo* en boca chilena puede ser un elogio como un insulto. Si nos referimos solamente a los mexicanos, encontraremos en *The American Thesaurus of Slang*, de Berrey y Van Der Bark, diez sobrenombres —entre ellos *chili-picker* y *chilieater*— y la frase *Chili and beans* para distiguir ¡nada menos que la Marina Mexicana!

Tan pronto la noticia del primer descubrimiento del oro corrió por el mundo y lo volvió loco como nunca antes había acaecido, los chilenos de Chile respondieron a la llamada, así como respondieron todas las otras nacionalidades. Sin embargo, desde dos o tres millares que salieron a las decenas y decenas de miles, que dicen haber llegado a la Tierra Prometida escritores que no fueron testigos, muy largo es el paso; y la prueba la tenemos en el número de los peruanos que, en cantidad, fueron terceros después de los mexicanos y chilenos. Y no podían ser más, puesto que desde el término de 1850 a todo 1851 la sangrienta Guerra Civil tuvo lugar en todo el país, y el pueblo chileno participó en ella con una pasión partidista como nunca había acaecido. Abandonar al país, en ese entonces, era como desertar la causa de Manuel Montt o del General de la Cruz. Y, curioso es notarlo, mientras los chilenos “invadían” la California, una compañía yanqui, mandada por el Capitán George K. Buckley, marchaba con el ejército crucista.

IV

Sólo dos fueron los autores chilenos que, testigos oculares de la época áurea, nos dejaron sus impresiones. Uno es don Vicente Pérez Rosales que escribió *Viaje a California: Recuerdos de 1848, 1849, 1850*, publicado en 1878 por la “Revista Chilena” (tomo décimo). Con motivo de ignorar el idioma tuvo que vivir en asociación con sus hermanastros y otros paisanos. Se hizo pasar por fran-

cés (3) con los extranjeros y por chileno (4) con los hispanoamericanos. Nos informa que los yanquis creían que los chilenos y los españoles tenían sangre africana por ser descendientes de los árabes. Habla de *Chilecito* como del barrio de los chilenos en San Francisco; usa el término en sentido general refiriéndose al decreto del General P. Smith en que negaba a los extranjeros el derecho de explotar minas de oro. Hizo una vida mezquina entre sus miserables compañeros, a pesar de haber podido hallar el precioso metal; y volvió a Chile más pobre que antes, calificando su aventura como una verdadera *calaverada*.

El segundo, Benjamín Vicuña Mackenna, hizo su primer viaje a California donde llegó en enero de 1853 para vender una partida de trigo. Describe su aventura en el libro *Diario de mis viajes* (Obras Completas, tomo primero). Habla de "este país tan inclemente a nuestro nombre" como la cuna del vicio y el infierno para los extranjeros. No menciona casi a los chilenos sino para recordar al contraalmirante don Carlos Wooster y Rafael Martínez, cuyas tumbas encontró en el cementerio de San Francisco. Cita al cónsul Felipe Fierro; y califica a *Chilecito* "como llaman donde habita la parte femenina de Valparaíso" (5) para señalarlo como el barrio de las prostitutas; y dice "los mexicanos componían la gran mayoría de los tahures" (6). Vicuña Mackenna, creador de mitos y que soltaba vuelos poéticos cada vez que trataba temas sensacionales, permanece aquí neutro y descolorido.

Entre estos dos autores chilenos se abarca el período desde 1849 a 1853, es decir, el más notable del *rush* del oro —cuando la perversión, el caos, el crimen llegan a sus cumbres; cuando *Chilecito* es destruído y Murieta asesinado; cuando, en fin, los Vigilantes

(3) "Viaje a California" por V. Pérez Rosales. "Revista Chilena", 1878, tomo décimo, págs. 29 y 244.

(4) *Idem*, pág. 332.

(5) "Diario de mi viaje", Obras Completas, de Benjamín Vicuña Mackenna, tomo primero, pág. 27.

(6) *Idem*, pág. 29.

tes alcanzan a dominar la situación y, en las minas, el oro está mermando.

V

Estas aseveraciones, resultado de mi búsqueda histórica, toman aún más relieve si nos detenemos a analizar las obras publicadas en el presente siglo. Puesto que demasiado largo sería el examen detallado de los dos volúmenes titulados *Chilenos en California*, cuyo autor es el Director de la Biblioteca Severín de Valparaíso —don Roberto Hernández— que, émulo de don Benjamín, ve con la lente del entusiasmo la historia del pasado, nos limitaremos a revisar el libro de don Enrique Bunster del mismo título (7) que, en síntesis, contiene los más importantes de lo que se ha escrito sobre el argumento.

En las páginas 74 y 75 el autor prorrumpe con voz ditirámbica, en las siguientes exclamaciones: “—¡California invadida por 30,000 chilenos que tuvieron a raya a los propios dueños de casa! ¡Chilenos fundando ciudades a miles de leguas de la patria! ¡La bandera chilena izada a firme en territorio hostil! ¡Bandidos chilenos dominando por el terror un estado de 400,000 kilómetros! ¡El roto chileno perseguido y temido como espécimen de una nación maldita!”

La “verdadera” verdad es muy diferente, y la respuesta a todas estas exclamaciones no será difícil usando, no la nuestra, sino las mismas palabras de autores norteamericanos y chilenos. ¿Dónde se podía izar a firme la bandera tricolor si no sobre un grupo de viviendas en que moraban los hijos de Chile? ¿Ahora, de qué grupo de chilenos se tiene mención? ¿De *Chilecito*? Pero *Chilecito*, según nos informa Vicuña Mackenna, era una población callampa de “sexo femenino”, fuente de cólera y sífilis, donde vivía la más abyecta existencia las *filles de joie* de Valparaíso: Rosarito León, la reina, y sus súbditas Remigia Gallardo, Peta Guerrero, Margarita

(7) “Chilenos en California”, por Enrique Bunster, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1954.

Fernández y otras con una horda de *maquereaux* que comían a espaldas de ellas... ¿Cómo izar la bandera de Chile en semejante lugar?

Escribe Herbert Asbury en su libro *Barbary Coast* (8) que, en la primavera del 1849, había 15 mujeres "blancas" —es decir estadounidenses y europeas de raza nórdica— y cerca de 300 *chileno-women*, de las cuales las dos tercera parte eran ramerías de México, Perú y Chile (*were barlots from México, Perú and Chile*) (9). Y aquí no hay equivocación alguna, pues está claramente indicadas las diferentes nacionalidades de la *chileno-women*, es decir mujeres de piel bronceada y de habla castellana. Los *Annals of San Francisco* del 1855 y los autores estadounidenses de ese entonces, en sus relatos, nos dan siempre como "chilenas" todas las pobres *cocottes* criollas, relegadas en miserables chozas al margen de la ciudad —*Clark's Point* y *Telegraph Hill*— donde el barro llegaba hasta las rodillas: rústica mercadería cotizada sólo por la chusma de bajos fondos, y esto para distinguirlas de la aristocracia de las *demimondaines* —francesas, yanquis, británicas, rusas—, que moraban en las elegantes *lodging-houses* de Portsmouth Square. Por simple curiosidad reproducimos un párrafo del libro *Barbary Coast* acerca de las actividades de las vestales de *Chilecito*: "*Sometimes as many as half a dozen chileno-women used the same rude shelter, receiving their visitor singly or "en suite", with no regard whatever for privacy, and no furniture excepting a wash-bowl and a few delapidated cots or straw pallets*" (10).

VI

En la página 79 encontramos este trozo: "Conviene advertir que el chileno llegaba a los placeres (11) con larga delantera so-

(8) "The Barbary Coast", por Herbert Asbury, Garden City Publishing Co., New York, 1933 y 1951. En inglés se encuentra en la Biblioteca del Pedagógico de la Universidad de Chile.

(9) Idem, pág. 33.

(10) Por respeto a nuestras lectoras omitimos la traducción.

(11) **Placer**: lugares donde se buscaba el oro, en general en los lechos de los ríos.

bre el yanqui... Esto explica su tardanza (del yanqui) en llegar a un lugar de su propio territorio, que ya estaba invadido por gente de países remotos". Esto, también, no responde a la verdad. En San Francisco, Yerba Buena, en ese entonces, la estadística de la "Junta de Consejeros" nos da cerca de 850 habitantes, a la mitad de 1847, de los cuales 400 eran mexicanos criollos, 300 blancos (soldados del Presidio y comerciantes yanquis y europeos) y 150 indios. En la bahía anclaban balleneros estadounidenses de la costa Atlántica. El colono James W. Marshall halló, en la hacienda del suizo Sutter, la primera pepita entre el 18 y el 20 de enero de 1848 y, según informa Cleland, en la primavera del mismo año, 18,000 yanquis pasaban el río Missouri, rumbo a California. Los chilenos de Chile, al decir de don Vicente, tan pronto la noticia del descubrimiento llegó a Valparaíso por el Capitán Matthews, en septiembre de 1848, empezaron su éxodo, y los primeros llegaron a San Francisco a fines de octubre del mismo año (12). A la sazón la ciudad del *Golden Gate* ya tenía 4 ó 5,000 habitantes y millares más de ellos estaban trabajando en los *placers* en el valle del Sacramento, la mayoría de los cuales eran criollos californianos (Monterrey y San Diego) y mexicanos (Sonora y Baja California) y yanquis residentes en el país o llegados del Oregón. Debe decirse, para completar la situación, que no había solamente la ruta del Cabo de Hornos para alcanzar California: otros caminos convergían a San Francisco —el de la ensangrentada senda de Santa Fe; los de los istmos de Panamá y Tehuantepec; el del canal lacustre de Nicaragua— caminos que, a pesar de las dificultades, requerían menos tiempo del que se empleaba circunnavegando el entero continente, con un promedio de 120 a 150 días de viaje.

En la página 75 el autor agrega: "Con sus triunfos y hasta con sus excesos, estos hombres establecieron la tradición viril de la raza y la dieron a admirar más allá de sus fronteras. Puede decirse que

(12) El primer buque que llegó en la bahía de San Francisco fué la fragata "Virginia", capitán Waddington.

ni la diplomacia, ni el arte, ni las victorias militares han hecho, por el lucimiento exterior del país, lo que esta muchedumbre de aventureros". En la página 78 se desmiente con estas palabras: "Con asombro mezclado de lágrimas, los pasajeros (de Chile) encontraron a sus compatriotas venidos a menos, sirviendo en los menesteres más humildes, a pie descalzo... En rigor de verdad, California sólo fué propicia para estos aportes: los frutos de la tierra y las mujeres"

Como se juzgue este "lucimiento exterior" podemos observarlo en los autores estadounidenses que hasta exhiben un sentimiento de piedad para los desafortunados "chilenos", indefensas víctimas a la merced de despiadados déspotas. Para dar un ejemplo voy a traducir lo que Asbury escribe (13): "... la sublevación criminal en California no fué instigada por los desamparados chilenos (*wretched chilenos*) que vivían a los pies del *Telegraph Hill* (*Chilecito*, según don Benjamín) en la más grande miseria y depravación (*in the utmost misery and degradation*). La sistemática persecución contra ellos había empezado en los *placers* y luego se había difundido en los pueblos y en la ciudad: persecución infame que queda como una de las páginas más negras de la historia de California. Los mineros estadounidenses provocaban a los pobres *greasers* en todas las maneras posibles, robando o destruyendo sus casas y utensilios, arrojando por la fuerza de sus chozas y ranchos, violando a sus mujeres, pegando a sus hijos, fustigándolos y aún ahorcándolos con el pretexto de hacerse justicia si los pobres buscaban de defenderse o no dejaban de inmediato sus haberes. Uno de los casos más brutales ocurrió en Downieville donde una mujer mexicana, amante de un minero, fué linchada por haber apuñalado a un yanqui que, entrado a fuerza en su choza, la había violado. Apresada, la muchedumbre se puso a gritar: "Júzguenla y ahorquemosla!" Un médico, que testificó que la mujer estaba grávida y que, por lo tanto, no se podía ejecutarla, tuvo que huir; otro que protestó fué

(13) "The Barbary Coast", págs. 38 y 39.

puesto entre dos filas de mineros y a puntapié se lo pelotearon hasta que salió de las filas”.

Entre los más acérrimos enemigos de los hispanoamericanos descollaba una secta de *gansters* llamada *Hounds* (Galgos), bandidos xenófobos y anticatólicos. “Bajo la bandera del patriotismo” —continúa Asbury (14)— “los galgos apaleaban, acuhillaban y mataban a los desamparados chilenos (*helpless chilenos*) cuando la oportunidad se presentaba. Hacían frecuentes incursiones en las poblaciones de *Clark's Point* y de *Telegraph Hill*, donde se aprovechaban de las mujeres, arrasaban al suelo las viviendas, y se llevaban sus pobres trapos. Semejantes atrocidades ocurrían al terminar sus fiestas como punto final de la alegría, y la justificaban diciendo que tenían orden del Alcalde de San Francisco de librar la ciudad de los hispanoamericanos (*to rid the town of the Spanish-Americans*). A un mexicano se le cortó la lengua desde la raíz por haber contestado a un insulto”.

En julio de 1849 un almacenero, cierto Jorge Frank, encargó a los galgos de cobrar 500 dólares al “chileno” Pedro Cueta. Este, además de no tener dinero, rechazó la deuda. “El 15 de julio —afirma un periodista de los *Annals of San Francisco* que fué presente a la escena— los galgos marcharon en orden de batalla contra la población callampa de Chilecito, derribaron todas las tiendas y las chozas, saquearon todo lo que tenía algún valor, y echaron fuego al resto y después, sin provocación, a sangre fría, bárbaramente apalearon, patearon, lapidaron y ataron a los ultrajados extranjeros (*foreigners*). No contentos de esto, vil y repetidamente dispararon sobre las víctimas y, entre los gritos de las despavoridas mujeres y los lamentos de los hombres heridos, se marcharon como triunfadores...” (15) Este infame ataque fué el último hecho por los galgos pues la parte sana de la ciudadanía de San Francisco creó el cuerpo de policía de los Vigilantes que, imponiéndose a los malhechores, tomaron bajo su protección a los infelices hispanoameri-

(14) Idem, pág. 40.

(15) Idem, pág. 42.

canos. Sin embargo, muchos de éstos no quisieron permanecer en un país tan hostil, convencidos de que hacer fortuna no era posible a causa del ostracismo existente. Fué entonces que Pérez Rosales y sus hermanastros, que habían perdido con el *placer* todos sus haberes de la noche a la mañana, decidieron de volver a Chile.

VII

En la página 85 don Enrique Bunster nos presenta la historia del “minero chileno Joaquín Murieta y de su esposa mexicana Carmela Félix . . . Era Murieta un honrado mozo, natural de Quillota que había ido a San Francisco para unirse a su hermano Carlos, y marchar en compañía a los placeres”. Este párrafo, adaptado intencionalmente, demuestra una vez más que el término *chileno* no cubría una nacionalidad determinada sino, en general, a todos los criollos de la América Hispana, pues no hay autor yanqui que no diga que Murieta no era natural de Sonora, es decir *chileno* mexicano.

“El verdadero nombre de Murieta —escribe Herbert Asbury en su mencionado libro (16)— era Joaquín Carillo, natural de Sonora, México. A los 17 años vino a California como mozo de un circo, acompañado de su esposa Rosita Félix, la cual se conoció posteriormente como Antonia la Molinera . . . Cuando el *rush* del oro empezó, Murieta, que estaba en San Francisco, se trasladó a los campos auríferos donde, en la primavera de 1849, encontró una rica mina. No pasó mucho que los mineros yanquis quisieron apoderarse de ella y se la pagaron azotándola, violándole la mujer y echándolo. Pocos días después Murieta, montando un caballo de su hermano, se presentó al *placer* para llevarse su ropa pero los yanquis se negaron acusándolo de haber robado el animal. Protestando su inocencia, Murieta condujo los mineros al rancho de su hermano donde, sin perder tiempo, los desalmados ahorcaron este úl-

(16) Idem, pág. 45.

timo, flagelaron a Joaquín después de haberlo atado, desnudo, a un árbol, y saquearon el rancho llevándose todo el ganado”.

Desde entonces Murieta se convirtió en bandido, es decir, vengador por los agravios que había recibido él y todos los de su raza; y por tres años puso fierro y fuego en toda la comarca —asaltando, apedreando, matando sin misericordia— apareciendo improvisamente aquí y allá, con su banda de forajidos, beneficiando a sus paisanos, levantando la espada de su propia justicia donde justicia no había; hasta que, en julio de 1853, a los 21 años de edad, traicionado por un amigo, cayó muerto, en una emboscada, con siete balazos en el cuerpo.

Aunque los yanquis lo compararon a Robin Hood y escribieron hasta románticas novelas poniendo de relieve su figura (17), debemos decir que el sentimiento piadoso que aleteaba sobre los humildes hispanoamericanos se esfumó, y, desde entonces continuaron a considerarlos como intrusos. Léanse, para convencerse, los libros de John Steinbeck —*Tortilla Flat*, sobre todo— en que describe estos primitivos moradores de California como seres primitivos, refractarios a la civilización.

(17) "Un chileno bandido en California", por Roberto Hyenne, 1867, traducido por Carlos Morla Vicuña y Moisés Valgas.

BIBLIOGRAFIA

- Annals of San Francisco*.—Colección de 1850 a 1860.
- Asbury, Herbert.—*Barbary Coast*, Garden City Publishing Co., Garden City, N. Y.
- Bancroft, H. H.—*California Pastoral*, San Francisco, 1888.
— *Some Cities and San Francisco*, New York, 1907.
- Branchi, E. C.—*San Francisco*, "Revista de Geografía Americana", Buenos Aires, 1939.
- Bunster, Enrique.—*Chilenos en California*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1954.
- Carey, Joseph.—*By the Golden Gate*, Albany, 1907.
- Evans, Albert S.—*Sketches of Life in the Golden Gate*, San Francisco, 1874.
- Fanning, Peter.—*Great Crimes of the West*, San Francisco, 1929.
- Garnett, Porter.—*Papers of the San Francisco Vigilance Committee of 1851*.
- Gwinn, J. M.—*A History of California*, Los Angeles, 1915.
- Helper, Hinton R.—*The Land of Gold*, Baltimore 1855.
- Hernández, Roberto.—*Chilenos en California*, 2 tomos, Valparaíso, 1927.
- Hittell, John S.—*History of the City of San Francisco*, San Francisco, 1878.
- Knower, Daniel.—*Aventures of a Forty-niner*, Albany, 1894.
- Marryat, Frank.—*Mountains and Moleshills*. New York, 1855.
- Pérez Rosales.—*Viaje a California*, Santiago, 1878.
- Quinn, John Phillip.—*Gambling and Gamblers*, Chicago, 1892.
- Royce, Josiah.—*California from the conquest to the second Vigilance Committee in San Francisco*, Boston, 1886.
- Taylor, William.—*Seven years' Street preaching in San Francisco*, New York, 1856.
- Tinkham, George.—*California, Men and Events*, Stockton, 1915.
- Vicuña Mackenna, Benjamin.—*Diario de mi viaje a California*, Santiago, 1899.
- Vilas, Martin.—*The Barbary Coast of San Francisco*, San Francisco, 1915.
- Wood, S. D.—*Lights and shadows of Life on the Pacific Coast*, New York, 1910.
- Young, Gordon.—*Days of '49*, New York, 1925.